

Prólogo

Dicen que quien canta reza dos veces. Yo me atrevería a afirmar lo mismo de quien lee, escribe o pinta. Me explico. Quien lee guiado por el anhelo de la verdad, quien escribe con palabras gestadas en el corazón, quien pinta para plasmar la belleza que intuye en el mundo... todos ellos entablan un diálogo sincero, aunque no siempre consciente, con Aquel que es la fuente de la verdad, de la autenticidad y de la belleza.

En *Orejas de colores*, Fernando Cordero lee, escribe y pinta, y lo hace orando, él sí, con plena consciencia, porque todo el libro rezuma plegaria. El título es paradójico, pero de ningún modo es un artificio literario gratuito ni un simple recurso publicitario. Las orejas no son precisamente el órgano más invocado para aludir a la belleza del cuerpo. Los ojos le pasan siempre por delante y nos hacen olvidar la importancia de la escucha.

Fernando, tal como se hace patente en este libro, es un hombre acostumbrado a escuchar. Amante de la buena conversación, sabe estar atento a su interlocu-

tor. Acoge lo que el otro dice y lo que el otro es. Esta es la clave de casi todo. Nos preocupamos mucho de lo que debemos decir y muy poco de escuchar lo que nos dicen. Escuchar es una manera de descentrarnos, de olvidarnos de nosotros mismos y abrir las puertas de nuestra casa a los demás. En definitiva, es una manera de amar. Y en el mundo de hoy, hay muchas voces que necesitan ser amadas-escuchadas.

Además, Fernando escucha lo que lee, lo que ve y, sobre todo, lo que vive. Solemos leer para polemizar con el autor escogido o para sentirnos confirmados en nuestras opiniones. Pero entonces solo nos escuchamos a nosotros. Leer se convierte en un monólogo solipsista. Encerrados en nuestras opiniones, creemos que ya no queda nada por descubrir.

No así el autor de *Orejas de colores*. Cada lectura es una oportunidad para dejarse sorprender con ideas nuevas o puntos de vista enriquecedores. En el libro encontramos numerosas citas de otros autores, no para hacer gala de una erudición envidiable, sino para reconocer con humildad que, casi siempre, somos deudores del pensamiento de otros.

Leer es orar si entre las voces de los escritores sabemos intuir el eco de la Palabra por la que todo fue hecho (Jn 1,3). Leer es orar si se convierte en el ejercicio de estar a la escucha, como María de Betania, de no dispersarse con tantas distracciones para ahondar en lo esencial. Este libro nos enseña a leer, a escuchar los

libros, a buscar la verdad oculta tras las palabras escritas, a dialogar con los autores entrando en comunión con su experiencia.

Pero con las *orejas de colores* no aprendemos únicamente a alimentarnos de la lectura. Fernando nos enseña a escuchar la vida para transformarla en sabia experiencia. De poco sirve vivir acontecimientos, exponerse a las circunstancias, abrirse a las emociones si luego somos incapaces de captar el mensaje que llevan implícito.

Decía que Fernando lee, escribe y pinta. Y escribe muy bien. Sin caer en una retórica estéril, utiliza un lenguaje de una gran belleza que seduce al lector y lo adentra en el sentido del texto. Los títulos de los apartados son ingeniosos y provocadores. Cada capítulo es una monodosis de esperanza. Parte de una escucha, bien sea de un autor o de una vivencia. Este material rebosante de vitalidad alimenta una reflexión profunda para conducirnos a una oración que hermana experiencia y anhelo, sueño y compromiso, historia y eternidad.

Escribir puede ser un ejercicio de autocomplacencia o un servicio. Por supuesto nos encontramos frente al segundo caso. Una escritura que es esfuerzo personal para poner la palabra al servicio de la esperanza, porque en la construcción de un mundo mejor necesitamos palabras que lo describan.

Fernando es un artesano del lenguaje. Además de hacernos disfrutar con un estilo muy cuidado nos pro-

porciona el instrumental necesario para interpretar nuestra realidad y empujarla hacia horizontes más justos y liberadores.

Y Fernando también pinta. ¡Nadie dirá que a este libro le faltan colores! Agrupar las diferentes meditaciones tras un cromatismo lleno de significado es de una originalidad simpática y llamativa. A veces el peso del día a día nos deja tan apesadumbrados que perdemos la capacidad de dar color a la vida. Entonces nos acostumbramos al simplificador «blanco y negro» o, peor aún, al aburrido, monótono y desalentador gris lánguido. En cambio, a través de este libro resuenan en nuestro corazón palabras exultantes de color que nos invitan a despertar a esta primavera que es la vida de la fe.

Y los colores se unen a las formas. Como muy bien confiesa Fernando, él es un «buscador de imágenes sugerentes», porque las palabras dibujan la realidad. Cuando vamos de excursión y parece que nos hemos perdido, agradecemos que alguien nos haga un croquis de nuestra situación: una montaña aquí, un pueblo acá, un río por allí, un camino por allá. Al verlo, lo reconocemos, nos reencontramos, nos ubicamos, sabemos adónde dirigirnos. No me extraña que Fernando sea tan amigo de Fano. Con un dibujo o una imagen nos hacen entender lo que resulta un galimatías para nuestras mentes resabiadas.

Y por último, quisiera destacar un gran valor de este libro. Leerlo te hace sentir Iglesia. Mejor dicho, te hace

sentir la alegría de ser Iglesia. Una Iglesia real, la de tantas parroquias, colegios y grupos de diversa índole, donde se reúnen hombres y mujeres con sus defectos y virtudes, pero con muy buena voluntad. Una Iglesia iluminada por una vivencia auténtica, vertebrada con sólidas complicidades, cimentada en esperanzas con fundamento, sostenida por heroicidades cotidianas. Una Iglesia que no elude el dolor sino que abraza a sus víctimas con compasión. Una Iglesia que escucha y que tiene mucho que decir. Una doble misión que ha asumido con gran acierto mi amigo Fernando Cordeiro, porque consigue hacernos rezar dos veces cuando leemos sus libros. Muchas gracias por *Orejas de colores*.

JOSEP OTÓN

Barcelona, 6 de enero de 2016



Introducción

Con mi llegada a Barcelona ha comenzado una nueva etapa en mi vida, que estoy acogiendo como auténtica oportunidad para ponerme a la escucha de Dios, que nos habla continuamente a través de tantas personas con las que nos relacionamos en lo cotidiano, con otras de cuya presencia y testimonio ni la distancia puede privarnos, junto a los nuevos rostros que enriquecen con su novedad y aportaciones singulares la historia personal.

Este libro es una invitación a la escucha profunda. La escucha puede despertar la sorpresa, la creatividad, nos alterará porque *perforaremos* la realidad y no nos quedaremos en la superficie ni en un nivel periférico de la existencia ni de los otros –y ojalá que de «todo otro»– ni del Otro. Escuchar nos hace bien a nosotros y a los demás. Una escucha atenta puede llevar a transformarnos a cada cual y al que se siente escuchado:

«La escucha activa representa una de las caricias y estímulos positivos más importantes para la persona. El que



se siente escuchado experimenta que es reconocido por el otro, considerado, respetado como distinto. Percibe que es buscado allí donde se encuentra o encontrado allí donde está, donde necesita para ser y para afrontar las dificultades o ser sostenido en el camino de convivir con los límites que no sean superables»¹.

Diferentes circunstancias, personas, acontecimientos pueden hacer que nuestra escucha se *coloree*. He disfrutado de tres experiencias de color intenso que han provocado estas páginas: contemplar el interior de la Basílica de la Sagrada Familia de Barcelona, la lectura de *Los sacramentos y la belleza de Dios*, de Bruno Forte, y un poema de Gianni Rodari, *Un señor maduro con una oreja verde*, que me recitó de memoria mi amigo Fano. De todos ellos extraigo una reflexión para vivir más en consonancia con el Evangelio en nuestra cotidianidad.

El propio Fano, en uno de sus dibujos, ha llegado a pintar a la Virgen María con una oreja verde, símbolo de la escucha que no se marchita. A raíz de su genial ocurrencia, he pensado dividir este libro en ocho partes, cada una de ellas representando un color. Joana Ojeda, una artista del Colegio Padre Damián SS.CC., implicada activamente en la pastoral, me ha sugerido el significado de cada uno de los colores, que me han

¹J. C. BERMEJO, *Introducción al counselling (Relación de ayuda)*, Sal Terrae, Santander 2011, 100.



servido para agrupar estas reflexiones. Lo mismo pasa en la vida: los demás nos colorean. Es algo inevitable. A nosotros nos toca saber procesar el color de los mensajes que nos llegan para ser de verdad testigos de Jesús en medio de nuestra sociedad. Somos, como le gusta decir a la periodista e incansable activista en la donación de órganos, Susana Herrera Márquez, «un lienzo vacío que se transforma en lo que pintemos en él».

A veces me preguntaba si algunas de las referencias, anécdotas e historias que incluyo resultarían demasiado personales. Podría quizá haber optado por alguna manera menos concreta de narrar y de sugerir. No me ha salido. Lo que he ido viviendo ha ido *coloreando* mi propia experiencia y mi manera de contar. Sería, por ejemplo, imposible que cuando penetras en la Sagrada Familia no te dejaras impregnar por los colores de un auténtico bosque interior que te embarga. El color es vida. El *arquitecto de Dios*, Antoni Gaudí, admiraba los colores, «por eso los quería en sus obras, porque son expresión de vida y de alegría»². Quizá durante mucho tiempo hemos velado por sistematizar armónicamente la fe, esfuerzo que es, sin duda, esencial, sin el suficiente empeño en narrarla, en hacerla más *carne*, más propia. Valgan estas páginas como humilde aportación en ese camino de traducir los grandes conceptos y palabras a nuestras experiencias más cotidianas.

² LL. MARTÍNEZ SISTACH, *Gaudí. El hombre, el artista, el cristiano*, Ciudad Nueva, Madrid 2014, 80-81.



En este proceso he recordado a un sacerdote al que tengo un gran cariño y admiración, Antonio García Rubio. Antes de mi ordenación sacerdotal cayó en mis manos uno de sus libros: *Diario de un asombro*³. Fue un auténtico acompañante en mi camino como joven sacerdote. Allí compartía con los lectores seis meses de su diario, del diario de un párroco –entonces al servicio de la Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción de Colmenar Viejo, ahora en la Parroquia del Pilar de Madrid–. Me cautivó la manera de encontrarse con Dios en las diferentes personas y actividades de su día a día, en la liturgia, en el necesitado, en las visitas, en su madre, en su oración personal... Una delicia de lectura. Luego, gracias a otro sacerdote amigo, Gregorio Mateos, tuve la suerte de conocer a Antonio, uno de los regalos que he recibido en estos años de ministerio y que me han hecho ensanchar la fraternidad sacerdotal. Él tiene parte de *responsabilidad* en haber hecho más transparente las diferentes experiencias que trato de comunicar y que invito no ya a *repetir* sino simplemente a que escuchemos atentamente tantos susurros de Dios en nuestro entorno. Seguro que algo sucederá.

He aquí las partes en torno a ocho colores en los que está dividido este volumen, acompañados por una breve explicación para situar al lector. Se puede leer desde esta indicación cromática o accediendo al capí-

³ A. GARCÍA RUBIO, *Diario de un asombro*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1998, 3.



tulo que a cada cual le parezca más oportuno o que mejor *coloree* el momento que está viviendo:

I. Verde

Las orejas verdes de María: El verde de la juventud, de la escucha que permanece siempre joven, inalterada, con toda su capacidad.

Oportunidades: El verde de la contemplación del futuro con perspectiva, dando sentido a lo que se vive con un horizonte de esperanza.

II. Azul

El color del Cielo, que evoca relaciones nuevas, las del Reino, como son las que gozan ya los que son nuestros modelos en el seguimiento de Jesús: los santos. Ellos nos enseñan, entre otras cosas, a perdonar, a crecer en la adversidad, a entregar la vida a fondo perdido y ponerse continuamente en el lugar del otro:

El perdón de Bakhita.

La fragua de la resiliencia.

Unas monjas «de cine».

Una sombra de regalo.

Pere Tarrés en el camino.

III. Morado

El color del Adviento, de la esperanza en medio de un tiempo de conversión y cambio. También el color de la cuaresma, interpelación a ser más proféticos y más de



Jesús, como monseñor Óscar Romero o tantos profetas anónimos de nuestro tiempo:

El reloj del Adviento.

Las «ronchas» de la Cuaresma.

IV. Blanco

Sacramentos con color: el blanco es la síntesis de todos los colores, de los que se hablan en este capítulo dedicado al sacramento del matrimonio.

De Sánchez a Sanctus: el blanco resume la gama multicolor que se disfruta en el interior de la Basílica de la Sagrada Familia de Gaudí.

Don Antonio: el blanco de los pastores de la Iglesia que sirven al Pueblo santo.

Los «anteojos» del papa Francisco: el blanco de la Resurrección.

V. Negro

Viernes de Vía Crucis: Contemplamos la muerte de Cristo. El negro nos hace entrar de lleno en la realidad que más oscurece la existencia.

Uba: En la vida de tantos inmigrantes que llegan a nuestro país en patera, este color define la dureza de la travesía y la incertidumbre de su futuro.

VI. Amarillo

«Alas» para alcanzar la Estrella: El color de las estrellas, el deseo de que nuestra vida no quede a ras de suelo sino



que sepamos que tenemos una vocación más alta que no se nos puede olvidar con los vaivenes del día a día.

El «Shambala» y las metáforas: En un día veraniego se descubren con facilidad imágenes que nos transportan cerca del sol.

VII. Rojo

De llegar a lo profundo de uno mismo, de la interioridad. El color del corazón, del amor y del amor más puro que es el de la Misericordia de Dios. Es también el color de la espiritualidad de los Sagrados Corazones de Jesús y de María que nos muestran el Amor entrañable de Dios.

El laberinto.

Jueves del «ejemplo».

Un amor «interesado».

Un músculo particular.

Fuego, carne y bronce.

La viga maestra de la Iglesia.

La ensalada de la fraternidad.

VIII. Naranja

El color naranja es el que dinamiza la creatividad, nos sorprende en medio de lo cotidiano, llamándonos a la acogida fraterna y a la amistad.

De patinajes, armarios y radio.

La ensalada y el dopaje.

La amistad en el Prado.